

Imaginaria

Cuadrado en firmes al pie de la escalera, escuchaba sin estar completamente espabilado, las novedades del dormitorio que me transfería García. Hacía cinco minutos que me había levantado, y me parecía que no había dormido nada aún.

El calor era desquiciante, y la humedad no había permitido que la transpiración de la chaquetilla seicara en las tres horas que permaneciera colgada al pie de la cama. Ya estaba transpirando otra vez. Miríadas de mosquitos entraban desde el pasillo de los jardines y revoloteaban sedientos de nuestra sangre sobre las cabezas.

García seguía con su letanía de vidrios rotos, canillas chorreantes e inodoros sin servicio. Al terminar, frente a los ojos inquisitivos del cadete de segundo año, me dí cuenta que no había escuchado nada. Igualmente di mi consentimiento y ante los bostezos de García, pedí autorización para tomar la guardia de imaginaria de dormitorio.

Creo que el cabo de dormitorio tampoco estaba muy motivado con sus responsabilidades y mientras veía subir las escalas a su compañero, con rumbo nuevamente a su cama, dio un desgano asentimiento.

Al retirarse mi propio camarada, ya quedando ambos solos y en funciones, el cadete más antiguo, cayó en cuenta de esa dimensión y de sus atribuciones sobre mí en las próximas dos horas, lapso que parecía eterno. Así, empezó una secuencia de órdenes, tan trascendentes como útiles. Primeramente que recontara las ventanas deterioradas, abriera bien las cerradas o entornadas para ventilar el abigarrado alojamiento, presentándome de regreso, puntualmente en cinco minutos. Luego, debía pasar el escurridor por la zona de duchas, secando los charcos de agua y chorreaduras de lavabos. Otros diez minutos posteriores, debería andar por los pasillos entre hileras de cuquetas, recogiendo cubrecamas y salidas de baño caídas y anotando las matrículas de los cadetes que habían dejado sus prendas mal colgadas o los borceguíes fuera de lugar, al pie de las camas.

Así, siguió la secuencia de tareas, que, linterna en mano y en puntillas de zapatilla para no hacer ruido, debía realizar en forma interminable. Al menos me mantenía despierto, pues la recorrida sin otro propósito que “estar alerta” me llevaba inexorablemente a mi propia cama, extrañando su calor y añorando el instante de volver a aprovechar lo que quedara de la noche hasta la diana de las 0600 horas.

No tuve en cuenta mi turno de guardia de 0200 a 0400 al quedarme a la hora de estudio voluntario, para preparar un poco mejor el examen de matemática de Giordano y ahora pagaba el precio del cansancio, arrastrando los pesados pies. En la mañana lo pagaría igualmente con la somnolencia residual en la prueba.

El dormitorio, en la noche, no era un lugar precisamente silencioso, Río Santiago no lo era. Los astilleros ni siquiera a esas horas cesaban completamente sus ruidos, ni bajaban sus luces.

El crujido de los pisos de madera de pasillos, los chirridos de cerramientos, el suave silbido de la brisa de olor a petróleo, el maullido de algún gato, los rasqueteos de ratas royendo y corriendo por el entretecho, los goteos de los grandes baños de duchas, el agudo martilleo del vapor de las cañerías de agua caliente y el escape de sus vahos, ponían al ambiente un aire siniestro que trescientos ronquidos y jadeos no lograban aplacar. O lo amplificaban para un imaginario relato de terror.

Recordé entonces los cuentos del reclutamiento del Capitán-sin-cabeza, de los conscriptos amotinados que mataban a sus jefes y a los leales, del criminal cabo desertor y del loco fugitivo del presidio militar y no me sentí seguro. Incluso pensé en el pobre cadete de segundo año, sentado en la cajonada de la entrada a dormitorios, en la planta baja, solo ante la entrada desprovista de puertas o rejas, expuesto a cualquiera de esos renegados. Tal vez por eso, él también asustado, reclamaba mi presencia constantemente a breves intervalos, quizás para sentirse acompañado y seguro. En todo caso, ¡qué defensa podía proveerle yo, bisoño de 12 años!

Por lo menos en el piso superior, al caminar entre los dormidos cadetes, me sentía más resguardado, sabiendo que cualquier alarma sería respondida de inmediato y los corpulentos cadetes de quinto y cuarto años estaban ahí, si no fraternales, al menos solidarios en la emergencia. Pero bajar las escaleras a la oscuridad del cuarto del cabo de dormitorio, sólo para recibir nuevas asignaciones de trabajo y darle respiro a su propia intranquilidad, no me agradaba en absoluto. El Patio Cubierto, las aulas desocupadas, los ruidos del canal, el tufo de los jardines de planta baja ... prefería estar arriba.

Con suerte, podría apoyarme en un respaldo de las cuquetas por algunos minutos y dormir o descansar las piernas. Sentarse estaba terminantemente prohibido, al igual que dormir. Ni siquiera podíamos descubrirnos estando de guardia, e incluso en el techado sollado, el blanco birrete bien calzado, apenas absorbía las gotas de sudor. Por eso ni se me ocurría hacerlo.

Incluso o mejor dicho, pese a tener apenas doce años, teníamos que afeitarnos para una guardia nocturna de dos horas. ¿Quién notaría nuestro incipiente vello maxilar?, apenas un bozo leve y oscuro. De cualquier modo, no tenía sentido arriesgar una “cana” por eso, privándonos de un fin de semana de franco, y era mejor levantarse quince minutos antes, sacar la bolsa de aseo con la cajita cromada de elementos de afeitado, enjabonarse con brocha de cerdas y pasarse las hojas “Legión Extranjera”. Al menos eso ahorraría tiempo en el alistamiento matutino, pudiendo tomarme unos segundos más en otras tareas de acicalamiento y lustre.

Tenía el consuelo de que la guardia en la isla era menos frecuente que en los embarcos. Abordo, a los turnos en hacinados y sofocantes sollados, se sumaba la imaginaria de jardines, en la que, a la rutina de inspección, había que sumar las repugnantes tareas de limpieza de mingitorios, inodoros y lavabos. Si eso resulta asqueroso en tiempos normales, en baños fijos a la tierra, ante tantos jóvenes poco escrupulosos en las medidas de higiene de esos locales, más lo era cuando el barco se movía y el rolido y cabeceo mareaban a los cadetes, que bajaban a tirarse mareados en sus cuquetas previa pasada por los WC a lanzar sus vómitos, generalmente sin llegar a ellos o con muy escasa puntería.

A la larga, tal vez por la experiencia de esas guardias y algo de solidaridad, tratábamos de ser más limpios y considerados de los lugares comunes, pues debíamos mantenerlos, y a cada uno le llegaba el turno.

En los antiguos barcos de guerra de la flota de río que servían a la instrucción, viejos rastreadores o corbetas devenidos en simples patrulleros, las ratas eran siempre la fiel compañía o visita nocturna. King o Murature, daba igual. El Capitán Brizuela era otra cosa, un vestigio de la flota fluvial de pasajeros, un lujito de camarotes pasillos balconados, de boiserie y lámparas esmeriladas, que gozamos brevemente.

En uno de los primeros embarcos en patrulleros me tocó la cuqueta inferior, casi a ras de la cubierta. El agua que filtraba por los vidrios rotos por el temblor de las salvas artilleras en los ojos de buque y el piso estaba frecuentemente inundado, por lo que la ropa blanca o mantas que colgaban, mojaban toda la cama y las prendas de faena que se acomodaban a sus pies. Cada noche fue un suplicio de frío y humedad.

Por eso en el siguiente periplo de adiestramiento rápidamente trepé a la litera superior, haciéndome dueño de ella por los siguientes quince días. Cuando me acostaba, los caños de vapor y las bandejas de cables pasaban a escasos veinte centímetros de mi nariz. No podía (en rigor no se podía en ninguna de las cuquetas) girar de posición, para cambiar de postura boca-arriba o boca-abajo, había que bajar y volver a subir en esa postura. Pero bajar de la cama sin pisar a los compañeros de los estamentos inferiores, implicaba saltar a la cubierta colgado de las cañerías (si no estaban muy calientes). Una madrugada, al hacerlo para tomar una guardia tempranera, al asirme de la cañería, un gran ratón pasó orondo caminando sobre mis dedos aferrados. Fue una sensación horrorosa. Con ello pude también explicar el misterioso origen de una especie de arroz negro y nauseabundo, que resurgía continuamente sobre el acolchado, pese a mis esfuerzos y constancia en sacudirlo y volverlo a tender prolijamente estirado.

Las siguientes fueron noches de vela, esperando un mordisco en las mejillas o sus pasos en mi rostro. Había escuchado historias de trincheras en frentes de batalla, donde los soldados, ateridos, amanecían sin algún dedo o la nariz devorada por los roedores, tan hambrientos como la tropa.

El primer instante de los siguientes embarcos fue una carrera y lucha por ocupar los lugares intermedios del sollado. Inferiores y altos para bisonos o morosos. Lo mismo que eludir los rincones bajo las escalas (por el estruendoso ruido de borcegués de suela y tacón de cadetes desconsiderados) y la mugre que caía del comedor de la cubierta superior, o cerca de puertas y escotillas por los chifletes de viento helado y el olor proveniente de los “jardines” de proa. Preferentemente había que evitar también las hileras de camas junto al frío mamparo que condensaba humedad y chorreaba de los ojos de buey. Un estudiado crucigrama de pros y contras, en medio de una batalla por ocupar los sitios que quedaban luego de la selección previa de los años mayores, sin desmedro que luego alguno más antiguo cambiara su opción y nos obligara a cederle nuestro lugar preferencial... un albur más de esas experiencias náuticas muy propias de épocas de bodegas con coys, pero en tiempos menos remotos.

